

DANIEL LARRIQUETA

LA SEGUNDA ARGENTINA

Todos somos inmigrantes




edhasa

Índice

Propósito.....	9
La revolución demográfica.....	13
Los móviles para emigrar.....	23
Elegir el destino.....	39
Los emisores.....	53
La escuela, la lengua y los italianos	69
La recepción argentina.....	121
Otro país.....	137
Y algo más.....	143
Bibliografía.....	147

Propósito

Todos los argentinos somos inmigrantes, incluso los pueblos indígenas que llegaron por el Mar de Bering. Y esa inmigración ha formado el país en cantidad y en calidad.

Nuestra faena de cantidad fue extraordinaria, hasta ser, ahora, un país cien veces más grande que en tiempos de la Independencia. Y la calidad, los contenidos, se han modificado con el aporte de cada recién llegado que, a su vez, se ha debido adaptar a la sociedad receptora. Así, la historia de nuestra formación resulta un verdadero festival de variaciones humanas. Emociona pensar en los millones de hombres y mujeres que decidieron hacerse una nueva vida entre nosotros, desafiando todos los riesgos, entre-gándose a lo desconocido con fe.

El rey Carlos III inventó la Argentina con sus decisiones de 1776. Era un rey de aquel imperio español que había corrido su centro del Mediterráneo al Atlántico, según nos ha enseñado Fernand Braudel. La mudanza la expresa nítidamente Felipe II cuando luego de heredar, conquistar y comprar Portugal, viaja de Madrid a Lisboa, en 1580, para coronarse de la Monarquía Dual. El mismo año de la segunda fundación de Buenos Aires.

La vocación atlántica de Carlos III está en todas sus decisiones y, por lo que nos interesa, justamente en el diseño del reino del Río de la Plata que crea en 1776. Porque forzado a dividir el reino del Perú, por su excesiva extensión y el acoso de las potencias competidoras, en particular Gran Bretaña y su socio menor Portugal, desecha la propuesta de sus ministros de hacer un nuevo reino con frente al Pacífico y capital en Santiago de Chile y elige el frente atlántico. Para tener la causación completa de esta preferencia es menester tener muy presente que toda la movida responde al propósito inmediato de enfrentar a Portugal en sus pretensiones riopla-tenses, justamente.

Este atlantismo es mucho más que un rasgo geográfico: es el acta de nacimiento de la Argentina. Se completa con la elección de Buenos Aires como capital y se va a nutrir con la decisión española de dar al nuevo reino políticas y dirigentes de las nuevas corrientes ilustradas. El Virreinato del Río de la Plata será una creación mayor de la Ilustración española. Y esto es crucial, porque teñirá de ideas liberales y universalistas no solo a Buenos Aires, sino a todos los pueblos y regiones del frente oriental. Y un siglo después, ese conjunto de valores dibujará el mapa de la recepción de los inmigrantes, ¡nada menos!

O sea que la Argentina nace de una norma dual. El cuerpo está formado por provincias y regiones que heredan el espíritu y los principios conservadores del viejo imperio peruano; en cambio, la costa atlántica y su vigorosa capital, Buenos Aires, mirarán al mundo atlántico en pleno cambio. Mal que nos pese, esa dualidad del principio aún existe entre nosotros.

La raíz atlántica de la Argentina es la que hace la Revolución de Mayo, una revolución liberal e igualitaria resistida por la mayoría de las provincias interiores. Los gobiernos de Buenos Aires serán cosmopolitas y liberales, y las provincias los resistirán con el argumento federal que esconde la negativa a dejar las tradiciones conservadoras y quietistas.

La prolongada lucha entre el modelo liberal del Atlántico y la resistencia conservadora de las provincias es, en definitiva, el forcejeo dramático por elegir la forma del Estado que administrará la nación. Después de cuarenta años de muertes, dolores y destrucciones, las “guerras civiles” decantan en un gran pacto histórico, la Constitución de 1853. La Constitución es liberal y centralista, con cesiones de participación en el poder a los dirigentes provinciales a través del Senado, que reparte cargos en la judicatura, la diplomacia y los rangos militares.

En este punto empieza la consolidación y el éxito de lo que he llamado la República Atlántica, ya vista como tal por los mismos fundadores y prohombres. Esta República Atlántica es la Argentina modélica que llamó la atención al mundo occidental y que todavía recordamos como referencia exitosa. Estaba llena de contenidos que voy a subrayar en este libro a medida que sea preciso explicar la calidad de la sociedad receptora para los inmigrantes, una sociedad identificada con la apertura, la tolerancia, las libertades interiores, la simpatía por lo extranjero, la diversidad religiosa,

la movilidad social, el compromiso neutralista, el apetito de cambio, la curiosidad y la templanza.

Y, continuando una herencia que viene de muy atrás, esta sociedad elegirá constantemente la política de poblamiento como un mandato. Los gobernadores y virreyes coloniales tendrán la pasión de poblar, desarrollando incluso entre los simples pobladores el impulso y el sueño de empezar, de nuevo o de cero, que a lo mejor existe aún en nuestras conductas.

Este libro habla de esa pasión pobladora y de sus resultados. Con un balance innovador: sostengo que la inmigración no se trata solo de la minuciosa y detallada adición de millones de personas con sus valores y sus conductas a aquella República Atlántica, sino también de la fundación de lo que yo llamo la Segunda Argentina, en donde esa inmigración que empezó agregándose a lo preexistente, con su variedad, con su tamaño y sus peculiaridades, terminó constituyendo una realidad propia.

Así, nuestros modélicos gobernantes y fundadores –Moreno, Belgrano, Rivadavia– vivieron en otro país, no solo por el tiempo, sino por la composición de la población, de sus ideas y sus valores. Es por eso que para buscar las raíces del presente es vital visitar esa Segunda Argentina, cuya densa presencia suele quedar callada.

La revolución demográfica

La segunda Argentina es bastante misteriosa, porque lo que tenemos son estructuras verticales, vale decir, la inmigración italiana, la española, la árabe, la judía, la inglesa, etcétera, pero ningún estudio —al menos, ninguno que yo haya encontrado, salvo algunas reflexiones de Torcuato Di Tella— analiza cómo se cruzan en la realidad; cómo las podemos interpretar en un funcionamiento cruzado.

Porque a este gran proceso inmigratorio hay que tomarlo como si uno viniera de afuera y se preguntara: ¿qué hizo este país y qué le pasó para convertirse en otro tan diferente? Lo que se da entre la mitad del siglo XIX y el siglo XX es un inmenso cambio poblacional en la civilización occidental. En total, migraron cincuenta millones de personas, de cuarenta a cuarenta y cinco millones de europeos y diez millones de asiáticos. Quiere decir que se produjo un cambio muy significativo. La civilización occidental se había desarrollado fuertemente y había ocupado y garantizado espacios propios, hasta el comienzo del proceso de crecimiento del mundo americano. Este era una extensión, un paso más en la formación de la civilización occidental que llevaría al desarrollo de nuevas sociedades que le dan sustento al cambio.

Sostengo que la demografía y sus cambios son el motor de la historia. Lo subrayaban Marx y muchos otros pensadores. Es el aumento de la población, y por lo tanto, de presiones, el que lleva a las transformaciones tecnológicas, políticas y territoriales. Las estamos viendo, incluso hoy, en las migraciones que provocan cambios en América, África y Europa.

¿Qué ocurrió en este tiempo? En primer lugar, la alteración de las ideas, para llamarlo de algún modo. Son tres las revoluciones más importantes: la francesa, la americana (Estados Unidos) y la iberoamericana. En nuestro territorio, la aparición de todas nuestras repúblicas independientes como consecuencia de la Revolución iberoamericana genera alteraciones

importantes en el sistema de poder. Dicho rápidamente, la independencia de las repúblicas iberoamericanas permite políticas demográficas propias no atadas a las del Imperio español. Pueden tomarse muchas decisiones en torno a la población –fomentarla, traer o expulsar migrantes–, que antes se tomaban desde Madrid. Esto que parece un hecho político-administrativo es, en realidad, un gigantesco fenómeno de distribución del poder.

Los cambios implican que cada una de las repúblicas iberoamericanas pudo tomar decisiones autónomas. Las decisiones que nuestra República Atlántica –como denominamos a la Argentina de la Organización Nacional– adopta en materia de inmigración son decisiones de un país autónomo, es decir, no están referidas a un poder extranacional. Pasa en Brasil y en todos los otros países, con distintos resultados.

La Revolución francesa tiene un hecho central que es el establecimiento del derecho a trasladarse. Nosotros solemos desconocer o ignorar las enormes restricciones que había para hacerlo hasta entonces, no solamente hacia América, sino incluso entre los distintos pueblos dentro de un mismo territorio. En la Argentina está incorporado constitucionalmente. En España, por su parte, son las Cortes de Cádiz en 1812 las que lo establecen. Por supuesto, siempre con una autorización legal, por ejemplo un pasaporte, que en el caso de España era otorgado por el Consejo de Indias. Cuando este se suprime en 1835, la facultad de otorgar pasaportes se deriva a los poderes locales en torno a las localidades. ¡Cuánto más fácil sería arreglar con el poder local un pasaporte para trasladarse que apelar a la maquinaria del Consejo de Indias!

Hay cambios en las convicciones que conllevan alteraciones en el pensamiento político e ideológico. Las sociedades aquellas empiezan a pensar de otra manera. Se modifica la capacidad de control de las iglesias y de los distintos pensamientos religiosos, y emergen todas las ideas liberales que conocemos. Entonces, en la mentalidad de nuestros abuelos, bisabuelos o tatarabuelos inmigrantes, surge la posibilidad de tomar decisiones sobre la propia vida, se rompen estructuras preceptivas y hacen las cosas según su parecer.

El otro cambio inmediato se dará en las comunicaciones. Se generalizan y se habilita la posibilidad de comunicar y transmitir ideas diferentes. Así, surgen nuevos conocimientos y una secularización de los valores, la cual es crucial, por ejemplo, en el caso de la inmigración italiana, que es

la inmigración estrella para la Argentina. En un país como Italia, que conserva aún hoy una fuerte tradición católica, se habilita la posibilidad de disentir y discutir con el cura. La gente ve la oportunidad de ponerse en marcha al lograr la ruptura de las estructuras que tenía la sociedad antigua. Esto no es un juicio de valor. Aquella sociedad estaba, simplemente, organizada así a partir de los recursos con los que contaba. Pero con el cambio emerge la posibilidad de movimiento.

Ahora bien, ¿con qué expectativa vienen los migrantes? Esto es fundamental. Para saberlo, en el análisis de cada colectividad veremos qué esperaban conseguir o construir y, por lo tanto, qué grado de satisfacción, de integración o de desintegración ocurrió. Habrá inmigrantes y muchos pero muchos retornantes. Estas cifras varían de acuerdo a las colectividades y los países. Por ejemplo, en el caso de la Argentina, el nivel de retornantes fue del 44 %, y en el caso de Brasil, del 65 %.

Estas liberalidades para partir implican liberalidades para recibir. Y esto sí es crucial. Nuestra República Atlántica es una sociedad en la que predominan las ideas liberales. No es universal, no es la totalidad, pero priman en las políticas, en las normas, en el derecho, en las constituciones. Por su liberalismo genuino nuestra sociedad estaba preparada para recibir el enorme impacto de la inmigración.

¿Cuántos emigran? Hablé de cincuenta millones. A Estados Unidos ingresan veintisiete millones de migrantes. Las cifras son todas un poco inciertas porque nadie lleva un control exacto. Por lo tanto, en esos veintisiete millones están los europeos pero también los mexicanos que ya en aquel entonces se trasladaban a Estados Unidos, además de otras colectividades. Si bien no hay control fronterizo de las migraciones, veintisiete millones es una cifra enorme.

Y otra cifra sorprendente es la de quienes se van. Dejan España cinco millones en total, pero dejan el Reino Unido diecinueve millones. Cuando me topé con estas cifras, pensé: ¿qué es esto? En otra extensión del mundo occidental, esto era la construcción de Australia en el otro extremo del globo.

Así es como aparece el Reino Unido como un gran emisor, pero países como la Argentina o Brasil tenemos, sin embargo, poca cantidad de ingleses. Cabe preguntarnos qué gravitación tuvieron, pero esto ya lo veremos más adelante.

Población (en millones de habitantes)

Europeos y árabes	1800	1900
Italia	19,4	34
España	10,6	18,6
Reino Unido	15,3	41,5
Francia	27,3	40,2
Los árabes	18,0	35,0

Población en 1800 y 1900 (en millones de habitantes)

¿Cómo se producen los cambios demográficos? En este cuadro se ven los grupos que nos interesan más y que tienen valor por sí mismos. Se ve el crecimiento demográfico de Italia, España, Reino Unido, Francia y los países árabes. El caso del Reino Unido es muy interesante porque allí se pondrán de manifiesto algunos de los problemas de la Revolución Industrial y la dificultad en mantener el trabajo rural. Esto explica la cantidad de gente que mandaron a las nuevas colonias. Francia se ve más débil. Esta debilidad demográfica va a determinar que sea un país de menor cuantía en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial, con relación al crecimiento de los otros países.

En 1936, cuando el mariscal Pétain, gran gloria de la Primera Guerra, cumplió ochenta años, dijo en una entrevista en *Le Figaro*: “Francia ya no es una gran potencia”. En boca de este hombre era, para el periodista, una cosa tremenda. Y ante la pregunta: “¿Por qué?”. Pétain responde: “Y... porque ya no somos fuertes demográficamente”. El mariscal veía allí una deficiencia que para Francia sería muy difícil de superar.

Más allá de cada caso puntual, lo interesante es observar todo el poder migratorio que tiene Europa. En el mundo árabe las cifras son aún más imprecisas ya que se entremezclan con las del Imperio otomano, que era, en realidad, el espacio más importante desde el punto de vista de nacionalidad. En el mundo árabe se ve una duplicación de la población. ¿Por qué? Por los cambios en la tasa de natalidad y en la de mortalidad.

Naturalmente, ya sabemos que estas variables siguen siendo un mecanismo de crecimiento —o decrecimiento— de la población. Ahora, en la Argentina, se dan tasas bajas de natalidad en relación con los valores históricos.

Ya no estamos reproduciendo la cantidad de población vegetativa, es decir, de nacidos propios. Por supuesto, compensamos con la inmigración, que afortunadamente sigue siendo muy importante. La Argentina es el único país de América Latina que tiene saldos migratorios positivos todos los años.

Cuando se generaliza el derecho a trasladarse, Italia no se ha integrado aún como país; eso lo hará a partir de 1870. Esto quiere decir que cuando nos referimos a los italianos y a la Italia anterior a esa fecha, estamos ante una generalización artificial. Los que vienen son piamonteses, ligures, napolitanos, sicilianos, etcétera. Y esto no es solamente una cuestión de mosaico. El italiano no existía, ni siquiera, como lengua. Será la Italia monárquica, a partir de 1870, la que se esfuerce en establecer una lengua nacional. Los inmigrantes italianos venían con los pequeños idiomas locales y, para colmo, el 47 % de los recién llegados eran analfabetos. Es por eso que hablar de la inmigración italiana es casi una licencia poética ya que todavía no estaba constituida como tal. De cada una de estas estructuras surge una particularidad.

Con respecto a la importante inmigración desde el Imperio otomano, hay autores que aseguran que vinieron cuatrocientos mil otomanos. Estas estimaciones requieren cierto cuidado ya que en las cifras para otomanos hay una cuarta parte que es judía. Esto se debe a que el Imperio otomano amparaba todo: era un duro modelo de convivencia porque duras eran sus políticas.

Los árabes se trasladan con algunas restricciones, hasta 1876, cuando la nueva Constitución del Imperio habilita la salida, pero esa Constitución es anulada un par de años después y aparece otra fecha, central para nosotros, que es el año 1908, cuando campean los Jóvenes Turcos, Atatürk y la revolución política. Es entonces cuando la autorización para salir del país es instalada de manera permanente. Por eso, verán que la gran inmigración, a la que nosotros llamamos “turca”, no es del siglo XIX, sino del siglo XX, cuando se habilita esta facilidad. Una cosa curiosa de esta inmigración, y que nos lleva a comprender las restricciones de partida, es que vienen dos hombres por cada mujer. Recordemos, en esta sociedad, el papel distinto de la mujer que todavía se está discutiendo en todo el mundo de formación islámica. No viajaban si no era con el marido, y en muchos casos partían los maridos y ellas se quedaban atrás, amparadas dentro del sistema familiar de origen turco o sirio-libanés.

Esta es la situación general cuando se desencadena la Revolución Industrial, otro gran suceso en la vida de nuestros antepasados. La Revolución Industrial tiene un rasgo determinante, que es el proceso de mecanización, fenómeno que trae consigo numerosas consecuencias.

La primera es la reducción de las oportunidades de trabajo. Sobre todo, en sus comienzos, crea una desocupación significativa. Otra consecuencia es la producción masiva de textiles y otras manufacturas que arruinan a las pequeñas textileras de los pueblos y de las actividades manufactureras. A esto se agrega la competencia de la gran industria alimenticia contra la producción lugareña. Antes vivían mal, pero vivían todos. Ahora algunos dejan de poder vivir por la gran desocupación en los pueblos.

En algunos casos, la situación se torna tan dramática que se produce una fuerte necesidad de buscar otros destinos. Como en el Imperio otomano, donde la posición de los campesinos era extremadamente adversa con el 20 % de las tierras repartidas en minifundios de menos de dos hectáreas. No podían resistir el proceso de generalización de las ofertas de la Revolución Industrial. Lo mismo sucede con la agricultura española, que tiene una gran crisis en 1880, y la agricultura italiana, que la tiene en 1890. Estos procesos expulsan gente, naturalmente. En el caso particular de Italia, todo el proceso de migración se hace en momentos de grandes conflictos internos en el territorio entre monárquicos y “mazzinianos”.

Para Suiza, será clave 1848. Mientras Europa sufre grandes convulsiones sociales, Suiza promulga una Constitución de una manera más estructurada y formal. Sin embargo, uno de sus puntos fue la supresión del derecho a la contratación de mercenarios, destino laboral de muchos jóvenes suizos, lo que genera una importante desocupación entre los hombres que pierden una fuente de trabajo significativa en un país pequeño. Eso impulsa la emigración de muchos suizos a la Argentina. Entre ellos, llegan familias de las que descenderán dos candidatos a presidente: Eduardo Angeloz e Ítalo Luder.

Estos elementos explican el movimiento de la gente, que es lo que nos interesa, personas que ahora van a buscar una nueva vida. La metamorfosis adquiere volumen por razones demográficas, y por razones políticas adquirirá derechos. ¿Pero cómo es el proceso de traslado de uno a otro territorio?

Nuestro primer instinto es pensar que las migraciones se dieron por vía de la navegación. Pero previo a ella existió un elemento que no siempre valoramos: el desarrollo de los ferrocarriles.